

## Recuerdos de José María Pérez Gay (1944-2013),

### el cartógrafo de nuestro futuro anterior

Héctor Orestes Aguilar



*José María Pérez Gay y Héctor Orestes Aguilar en un homenaje a Joseph Roth en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 19 de octubre de 2009.*

Conocí al Doctor José María Pérez Gay una noche de 1987, durante la presentación de *Elias Canetti. La pasión por la inmortalidad*, de Francisco Blanco Figueroa (†). Entre quienes comentaron aquel delgado tomito de la desaparecida Editorial Katún no sólo fue el más docto, sensato y lúcido, sino también el más generoso. Ante la

colección de reseñas de un crítico bisoño ajeno a la lengua alemana y a las culturas centroeuropeas, armado con una vivaz curiosidad pero sin amplias referencias sobre su materia, tuvo la caballerosidad de sugerir rigurosas enmiendas elogiando a un tiempo los hallazgos de aquellas páginas. Fue una intervención magistral, que fascinó a todos los que llenaron el foro, las escaleras y la planta baja de la librería El Juglar, situada ya para entonces en la glorieta Valverde de la colonia Guadalupe Inn. Con su temperada voz de barítono, que sabía modular y dotar con distintas cadencias durante sus exposiciones, el Doctor leyó unas quince cuartillas luminosas, refiriendo asuntos no sólo ignorados para los lectores en español –para mí fue una completa revelación enterarme que Canetti había sido trasunto de varios personajes novelísticos de Iris Murdoch— sino también temas tabú: la escritora irlandesa y el Premio Nobel habían mantenido relaciones muy tortuosas, cercanas al sadomasoquismo, divulgadas de forma cabal sólo hasta después del 2000. Como en muchas de las tertulias públicas donde participaba, Pérez Gay llevaba consigo, cual revólver desenfundado, un libro en alemán listo para disparar citas en vez de balas, la primera biografía de Hermann Broch debida a Paul M. Lützeler, por entonces una pertenencia exclusiva de experto bibliófilo.

Nunca había visto a un escritor mexicano con esa erudición, elocuencia y capacidad de convicción al tratar un asunto de alta complejidad histórica y literaria. Ni Carlos Fuentes, a quien había entrevistado bastante tiempo atrás cuando yo estudiaba en la Universidad de Texas, y que era un conferencista encantador en cualquiera de los idiomas que hablaba, me había impresionado así. Por primera vez admiraba a un genuino crítico cultural en nuestra lengua, quien cómodamente podría haber sido colaborador habitual de revistas internacionales con sofisticadas ambiciones intelectuales y pronunciados intereses por el pensamiento contemporáneo como *Telos*, *Salmagundi*, *Le Débat* o *Alfabeta*.

A lo largo de más de un cuarto de siglo esa admiración no sólo creció sino que se volvió una inspiración vital para mis lecturas, proyectos literarios, pesquisas, traducciones, viajes y estancias. La figura de José María Pérez Gay se erigió como emblema para mí, como lo había sido antes para quienes compartieron sus años de formación y contemplaron atónitos la manera en que su *conversión* a otra cultura —después de que él viajara a Alemania para estudiar en la Universidad Libre de Berlín— lo había transformado paulatinamente de un comunicólogo en ciernes a un destacado traductor y escritor, a

un germanista y doctor en sociología del conocimiento (disciplina ciertamente filosófica que se ocupa, sin embargo, de los orígenes sociales de las ideas). Un proceso tan intenso como rotundo, a través del cual las facultades de una inteligencia muy dotada maduraron a plenitud.

Durante los últimos años ochenta nos vimos en varias ocasiones para fraguar algunos proyectos. A principios de 1988 hice una breve excursión hasta su casa de Las Águilas para conversar con él, conocer su biblioteca (tenía piezas muy envidiables, como la edición príncipe de *Sexo y Carácter*, el explosivo tratado de Otto Weininger, y las obras completas de Ernst Bloch) y para convencerlo de participar en el número 447 de la *Revista de la Universidad* –de la cual yo era editor–, que aparecería en abril de ese año con el título de portada *Viena, un laboratorio para el fin de los tiempos*, dossier especial en el que por primera vez en México traducimos a Claudio Magris, Russell A. Berman y Carl E. Schorske, tres de los mayores especialistas en la cultura vienesa moderna. Allí rescatamos, gracias a Laura Emilia Pacheco, el famoso prólogo de Borges a la pieza teatral *Juárez y Maximiliano*, de Franz Werfel, y logramos, proeza estimable, que Juan García Ponce colaborara con media docena de cuartillas sobre Robert

Musil. José María nos obsequió fragmentos de un ensayo sobre Karl Kraus enhebrados con aforismos del satírico vienés traducidos espléndidamente. A cambio, el Doctor nos pidió unos 40 ejemplares, que regaló a los asesores del Secretario de Educación coordinados por él. Fue una edición celebrada. Aun en épocas recientes, libreros y lectores me la mencionan como uno de los monográficos de aquella época de la revista que dejaron huella. Por cierto, escribo “obsequió” con toda premeditación: nunca supe si le pagamos por su texto sobre Kraus, y no por negligencia sino porque cada vez que yo iba en su búsqueda hasta la redacción del suplemento *La Jornada de los libros*, en la calle de Balderas, con la nómina de la revista en mano para que la firmara y dispuesto a entregarle sus honorarios a toda costa, Pérez Gay no aparecía. “Nuestro fantasma gordito”, le decían cariñosamente sus compañeros editores y sobre todo Fernando Benítez, director de los suplementos de *La Jornada* y a la sazón jefe del Doctor, quien sabía que, ya en esa época, el germanista traía un gran libro entre manos que le demandaba todo el tiempo posible.

### **De un Imperio a otro**

Para entonces, José María Pérez Gay era conocido por los lectores mexicanos de suplementos y revistas literarias como un soberbio

traductor de autores de lengua alemana de los que poco o nada circulaba en nuestras librerías y como el autor de una novela que se instaló en la literatura mexicana como pieza singular, *La difícil costumbre de estar lejos*, la historia del cónsul Julián Arvide, de padre mexicano y madre alemana, veterano de la Revolución en el bando serranista reconvertido, en el último tramo de los 1920, en cónsul de tercera en la legación mexicana de Berlín. Allí comienza una triple empresa que lo deja exhausto: definir su lugar en el mundo, reportar el ascenso del nacionalsocialismo y escribir una historia de las cruzadas. Arvide lee y cita a Schopenhauer y a Thomas Mann, encuentra en una recepción a Paul Valéry, escribe prolongados informes a Genaro Estrada y se somete a una heterodoxa terapia psicoanalítica que resultará casi una tortura. *La difícil costumbre de estar lejos*, publicada por primera vez en 1984, confirmó algo que era muy evidente para quienes habían seguido como lectores la trayectoria de Pérez Gay: él estaba, por afinidades literarias, intereses culturales y formación vital, mucho más cerca de los principales narradores de la generación del medio siglo mexicano que de los autores de su propia edad, nacidos en los años cuarenta. La primera novela del Doctor tenía familiaridad con relatos de Sergio Pitol, Salvador Elizondo y Juan García Ponce, y

con *Morirás lejos*, de José Emilio Pacheco. Su trama y su protagonista eran de una densidad literaria inusitada. Mitómano y cuidadoso lector de filosofía, agudo cronista de la historia europea y mexicana, el cónsul Arvide concentraba algunos de los rasgos de carácter de su propio creador pero también era cifra de uno de los personajes históricos que más influyeron a Pérez Gay, el embajador veracruzano Manuel Cabrera Maciá (1913-1997), a quien conoció en junio de 1966, cuando éste era titular de la representación mexicana en Berlín. José María lo evocaba con aprecio: “Hacia septiembre de 1959, el presidente Adolfo López Mateos nombró a Manuel embajador de México en Austria. Cabrera Maciá fue siempre un diplomático ejemplar, dueño de una elegancia muy mexicana y de una persuasiva capacidad de negociación [...] no olvido ni puedo olvidar su curso sobre José María Luis Mora y Lucas Alamán en la Universidad de Heidelberg, ni el seminario sobre la historia del arte mexicano en el Instituto de Investigaciones Estéticas de Hamburgo, ni su conferencia ante los juristas de Marburgo sobre el juicio de amparo y el derecho de asilo en México. Su voluntad de demostrar a los austriacos y los alemanes que los mexicanos no éramos una turba ciega hundida sin remedio en el mal y la miseria, ni un conjunto de subhombres sin lugar

en la historia triunfal de Occidente [...] Debo a Manuel Cabrera, entre otras muchas cosas, la pasión por la Viena del 1900, la intuición de que Viena era nuestro futuro anterior, porque casi toda la cultura de nuestro siglo estaba presente en la capital del Danubio.”

Si como figura Manuel Cabrera había influido en la creación de un complejo personaje novelístico, su pasión vienesa inspiraría uno de los libros más importantes de la prosa mexicana, *El imperio perdido*, editado en 1991, cuya idea original surgió durante el curso “Literatura y sociedad en Austria (1880-1938)” que el Doctor Pérez Gay sostuvo entre 1982 y 1983 en la división de estudios de posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM. Vale recordarlo con precisión, pues resulta memorable que el plan maestro para un libro de tal naturaleza narrativa fuese concebido en un contexto académico especializado.

La privilegiada recepción crítica y el justo éxito de mercado de *El imperio perdido* fueron todo un episodio en la historia literaria y en la historia editorial de este país para un libro que, de entrada, se anunciaba y era percibido como una compilación de ensayos. No recuerdo cuántas reseñas, comentarios, elogios e inopinados palos de la crítica recogió, pero calculo que deben haber sido sesenta. Quizá

más, porque la obra se presentó al menos cuatro veces. En menos de un semestre, pues el libro llegó a mercado abierto a finales de junio del referido 1991, Cal y Arena debe haber lanzado tres reimpressiones de más de dos mil ejemplares cada una. *El imperio...* se convirtió en una especie de contraseña del momento, lo que los ultramodernos llamarían *trend topic*, despertando incluso la animadversión de uno que otro crítico. (A José María le hizo mucha gracia un reseñista del suplemento *Sábado*, del periódico *Unomásuno*, quien, mientras comentaba otro libro y sin venir a cuento, empezó a despotricar contra el entusiasmo y la simpatía generalizadas hacia su obra: “Fue como si yo hubiera ido caminando por la calle y el primer tipo que pasara me hubiera soltado un trancazo, así nomás, por puro gusto”, contaba entre risas.)

En un medio cultural como el nuestro, donde –a pesar de los titánicos y encomiables esfuerzos de instituciones, traductores, investigadores y profesores de lengua y letras alemanas– la germanística no es una tradición vivaz ni de gran expansión, la aparición de *El imperio perdido* fue un acontecimiento fundacional, que mostraba la forma integral de abordar un fenómeno de la cultura, la experiencia moderna en Viena y el Imperio Austrohúngaro, y de

relatar, con el registro y los recursos ficticios y documentales de una “vida imaginaria”, la intimidad de cinco de sus más representativos creadores literarios: Hermann Broch, Robert Musil, Karl Kraus, Joseph Roth y Elias Canetti.

Como colaborador de la revista *Textual*, le propuse a uno de sus directores, Juan José Reyes, hacer una entrevista al Doctor y dedicar un número a la Viena-fin-de-siglo con traducciones de autores inéditos o poco conocidos en español. Compilamos además materiales espléndidos, como aforismos de Heimito Von Doderer y Arthur Schnitzler, un fragmento de *El gran bestiario* de Franz Blei y el relato *El busto del emperador*, de Joseph Roth, traducido íntegramente por Javier García-Galiano, entre otras cosas. Un sábado a media mañana, Reyes y yo aterrizamos en Las Águilas para platicar con José María. Fue una conversación prolongada. A la luz del gran impacto de *El imperio...* nos interesaba enterarnos de muchas cosas, entre ellas rastrear los orígenes de su pasión germanófila.

“— ¿Cómo fue el comienzo del interés por los escritores de lengua alemana?, le preguntamos.

— Para mí el que inicio esto fue García Ponce, —nos dijo, después de pensarlo un poco—. Desde luego había una vertiente filosófica en la

Universidad Nacional. Había estado José Gaos, que es una piedra de toque respecto al pensamiento alemán en México. Pero en literatura alemana y austriaca Juan García Ponce es el fundador de una tradición muy breve, muy desgastada, acaso inexistente. Pero él la inició, y el mismo la hizo tradición. Es decir, Juan es un escritor que en 1966 estaba leyendo a Musil en su idioma original. Nadie en México lo hizo. Juan leía a Heimito von Doderer en 1968, 69, cuando no se conocía tal nombre, y tampoco ahora se conoce en México. Ha sido también un lector incomparable de Thomas Mann.

— *¿Y a ti, Doctor, cómo te seduce esta tradición?*

— A mi me sedujo por el hecho de que llegué a Alemania a los veinte años. Fui con una beca de la Fundación Alexander von Humboldt, que se dio a licenciados en sociología, en filosofía, en letras. Fueron catorce becas para Latinoamérica, una sola para México. El plan desapareció después. La mía era una beca de cinco años para estudiar filosofía y sociología. Implicaba el aprendizaje del idioma alemán, es decir, que tenía la obligación de pasar ocho meses en los Goethe Institute estudiando alemán; si aprobabas, llegabas a la universidad. Esto tenía un trasfondo político: no era la universidad de Fráncfort ni la de Múnich, era la de Berlín porque en ese momento

Berlín representaba el escaparate que se mostraba. En aquel momento no había en ella mexicanos. El único mexicano que yo conocía en Berlín en 1966 era Enrique Semo, que estudiaba del otro lado, en Berlín oriental. Recuerdo que en 1967, 68 —durante el conflicto estudiantil en México—, Enrique y yo nos encontrábamos en la estación del metro contigua al Muro y nos íbamos a conversar, a tomar café. De entonces data mi amistad con Semo. A Múnich llegó un muchacho precedido de una enorme fama no solamente de persona inteligente sino de persona voraz culturalmente, que era un licenciado en derecho, Armando Morones, que después hizo una excelente traducción, publicada por el Fondo de Cultura Económica, de *La filosofía de la formas simbólicas* de Ernst Cassirer, un portento de traducción. Otro de los conocedores secretos no solamente de la filosofía alemana sino de la filosofía austriaca (secreto porque nunca se ha dado a conocer como tal) es nuestro actual presidente de la Suprema Corte de Justicia, Ulises Schmill. Es uno de los pocos, que yo sepa, que conoce bien a Fritz Mauthner, que tiene libros que apenas se empiezan a republicar en alemán. Y Schmill es un conocedor de todo el pensamiento austriaco, sobre todo de la época que va de Wittgenstein a 1930. Pero comparado con todos ellos, que

estudiaron en universidades de allá, destaca Juan García Ponce: él nunca vivió allá. Juan representa la tradición viva, no oculta. Desde aquí se leyó todo y entiende perfectamente de qué se trata. Repito: Juan es un caso de una vocación desaforada, tan desaforada que ni la parálisis ha logrado frenarla. Es uno de los grandes críticos de Musil. Su libro sobre él, *El reino milenario*, está a la altura o es superior a cualquier libro dedicado a Musil. En *El imperio perdido* mi intención era revelar el aspecto fantasmal de la realidad de Musil: su trabajo como editor, sus textos sobre la guerra, su relación con un grupo anarquista. Darle al lector la sensación de que Musil es un autor que hay que leer. Y lo mismo sucede con los otros autores de mi libro. La intención de *El imperio perdido* es abrir ventanas, como lo han hecho García Ponce o Carlos Fuentes, que es otro que ha revelado mundos insospechados.”

### **Los lugares de la memoria**

Uno de los mundos insospechados a los que dieron acceso los mejores libros de José María Pérez Gay es el de la memoria, entendida no cómo la capacidad mental que permite acumular los recuerdos o el acervo medianamente fidedigno y puntual de un pasado mensurable, sino como un laberíntico relato en el que intervienen las

fantasías, los traumas, la mitomanía, los sentimientos de pérdida y la mera nostalgia de la nostalgia, vale decir, el deseo de haber participado en las historias personales de otros. El eje común a *La difícil costumbre de estar lejos*, *El imperio perdido* y a *Tu nombre en el silencio* (aparecida en 2000), segunda novela de José María, es el inmenso esfuerzo por desentrañar el pasado a través de la construcción de múltiples narrativas. Para el Doctor Pérez Gay, como para su maestro Joseph Roth, lo más importante no era determinar la verosimilitud de los hechos, adjudicar una identidad inamovible a los personajes, recapitular paso a paso los acontecimientos documentables de una cronología, sino el mismo acto de contar, el impulso del relato que, como las antiguas tradiciones orales de los judíos orientales y en los escritos de muchos narradores en yiddish, cobra mayor importancia que las aparatosas estructuras argumentales. “Si la novela ha deseado siempre expresar lo inconmensurable, vale decir, la vida misma, la tradición oral, el patrimonio de la épica, se alimenta de la conversación, del intercambio de experiencias. Si el novelista siempre se ha aislado, si su territorio es el de la soledad, la esperanza y el recuerdo, el narrador recurre a una distante sobriedad que impide todo análisis psicológico, para

permanecer en la memoria de los oyentes. Narrar historias es el arte de seguir contándolas”, escribió José María en “A la orilla de la eternidad”, brillantísimo prólogo a su propia traducción de *Job*, de Joseph Roth (Cal y Arena, 2001).

El libro de Pérez Gay que indaga de forma más personal entre los laberintos narrativos de la memoria es *Tu nombre en el silencio*, carente de manera inexplicable de la atención crítica merecida. La historia del viaje de Ernesto Cardona hacia su propio pasado y hacia el pasado alemán es conmovedora e inquietante y es también crónica de una generación de la cual quedan cada vez menos sobrevivientes: el grupo de alemanes y expatriados latinoamericanos que coincidieron en la Universidad Libre de Berlín y en el barrio de Charlottenburg a mediados de los años sesenta; una comunidad intelectual a la que fugaz o activamente pertenecieron, además de José María, Barbara Beck, Ingrid Weickart y Bolívar Echeverría, lamentablemente fallecidos también, y Horst Kurnitzky, arquitecto, estudioso de las religiones y filósofo, autor de *La estructura libidinal del dinero*, quien oficiaba como anfitrión desde su departamento en el número 4 de la entrañable Savignyplatz de Berlín, situado a unos pasos del bar “Dicke Wirtin” que aparece como referencia de la vida bohemia en *Tu nombre*

*en el silencio*, la mejor aportación de la literatura latinoamericana a la *Vergangenheitsbewältigung*, al ajuste de cuentas con el pasado alemán del siglo XX.

La Viena del 1900 sobrevive para los contemporáneos como matriz de valores, laboratorio de la modernidad y escuela de resistencia, ese pasado anterior que el Doctor Pérez Gay cartografió de forma fascinante a través de traducciones, crónicas, ensayos y las páginas de *El Imperio perdido*. El Berlín de los años de la revuelta también nos sigue seduciendo como mito de la contracultura europea y como asidero para la moral crítica. Gracias a las formidables aportaciones de José María Pérez Gay, esos legados culturales y políticos han llegado hasta nosotros y permanecerán como acervos inagotables para fundamentar la cultura mexicana del porvenir.